

do llegaron á su noticia los nuevos preparativos de los españoles, reunió en su capital gran número de guerreros convocados de todas las provincias del imperio. Guatimocin estaba dispuesto á oponer una desesperada resistencia al enemigo.

Cortés, avisado de lo que pasaba en Méjico, no se arredró por las nuevas dificultades de su empresa, y se puso en camino á la cabeza de su ejército, dirigiéndose á la capital del imperio.



á Cortés que deseara en ella por la noche  
oficialmente cuanto sus propias indicaciones  
deben haberse que los indios se hicieran de  
parar á la noche de la población.

Porque este consejo respectivo á Cortés que  
debe haberse para el día siguiente se envía en  
la noche. Este hecho pudo haberse de su  
propio al entrar el día por la mañana en la  
ciudad de México. Cortés se  
espera el instante de las nuevas noticias, en las  
que tanto sus propios se hallan. Al día siguiente  
por lo que se aguarda por los que se  
concernen á la guerra de Méjico.

## V.

*Marcha de los españoles á Méjico.—Llegada á Tezcuco.—Perfidia de un cacique.—Preparativos de defensa en Méjico.—Cortés hace construir una flota para el ataque de la capital.—Conspiración contra él.—Plan de los conjurados.—Los trece bergantines.—Ataque de Méjico.—Desastres.—Nuevos aliados.—Los españoles entran en Méjico.—Un desafío.—Guatimocin cae prisionero.—Sumisión de los mejicanos.—Guatimocin y su ministro puestos en el tormento.—Reedificación de Méjico.—Muerte de Guatimocin.—Regreso de Cortés á España.—Se justifica y vuelve á Méjico.—Descubrimiento de la península de la California.—Cortés vuelve á España.—Su muerte.*

HABIA llegado ya el ejército á las cercanías de Tezcuco, cuando se presentaron embajadores, enviados por el cacique de esta ciudad para convidar



á Cortés á que descansase en ella por la noche, ofreciéndole cuanto sus tropas pudiesen necesitar; pero diciendo que los indios auxiliares debían acampar fuera de la población.

Pareció este convite sospechoso á Cortés, que juzgó debía dejar para el día siguiente su entrada en Tezcuco. Satisfecho pudo quedar de su prevision, porque al entrar al otro día por la mañana en la ciudad, la encontraron desamparada. Cortés se apoderó al instante de las plazas principales, en las que formó sus tropas en batalla. Al fin se atrevieron á llegar algunos habitantes, por los que se supo que el cacique habia formado el proyecto de aniquilar á todos los españoles en la noche anterior y que habia huido, creyendo ya descubierto su designio.

Conoció Cortés que lo sería imposible apoderarse de Méjico sin tener á su disposicion una flotilla de pequeños buques de guerra para dispersar las canoas mejicanas. No habia en todo su ejército mas que dos ó tres carpinteros: era preciso cortar las maderas de construccion en los bosques de Tlaxcala, y todos sus soldados no bastaban para trasportar estas maderas hasta Tezcuco; pero el valor de Cortés se aumentaba tanto á vista de las dificultades como de los peligros; necesita una escuadra y la tendrá!

Puso bajo la direccion de sus carpinteros un gran número de tlaxcaltecas para que les sirviesen de obreros, y en tanto que se activaban estos trabajos,

empezó á tomar sus medidas para rendir por hambre la ciudad. Sometió muchas poblaciones inmediatas atrayendo otras á sus intereses, haciendo alianza con ellas. Esta inesperada defeccion affigió á Guatimocin, pero sin desanimarle.

Por este tiempo se vió Cortés espuesto á un gran peligro, y en el momento en que se disponia á destronar á Guatimocin y conquistar sus Estados, una conspiracion iba á estallar para destruir sus proyectos y tal vez hacerle perder la vida.

Los antiguos soldados de Narvaez, que se habian incorporado en su ejército, le seguian á disgusto, quejándose altamente de que habian sido engañados en sus esperanzas de fortuna por el nuevo general, que les habia prometido riquezas inmensas. En vísperas de dar el primer asalto, se asustaban con la perspectiva de los azares de una lucha que debia ser larga y sangrienta. Un simple soldado, por nombre Villafaña, que reunia suma resolucion á una sagacidad poco comun, habia permanecido fiel al partido de Velazquez, y viendo el descontento general de sus compañeros, supo hábilmente aprovecharse de él para formar el proyecto de asesinar á Cortés y á sus principales capitanes, nombrando despues otro general que volviese el ejército á Cuba. Los conjurados deberian sorprender á Cortés en el momento en que estuviese á la mesa con sus oficiales, y cayendo sobre ellos, procurar que el general fuese la primera víctima. Uno de los cómplices sufrió tales remordimientos, que fié á



presentarse á Cortés para darle parte de la conspiracion.

Marchó Cortés en seguida al alojamiento de Villafaña, que turbado á vista del general, confesó su crimen sin intentar disculparse. Cortés le mandó arrestar y le encontraron un papel que ocultaba con mucho empeño: era la lista de los conjurados, entre los que se contaban muchos que Cortés creía fieles á su causa; pero la prudencia le imponia silencio y se guardó muy bien de revelar su asombro é indignacion al recorrer aquella lista. No se impuso mas castigo que el de horca al jefe de los conjurados.

Al dia siguiente por la mañana reunió sus tropas como para una revista, y al dirigirse á los conjurados cuyos nombres estaban inscritos en la lista, ellos temblaban todos; pero Cortés aparentando que no advertia su turbacion, les refirió las maquinaciones é intrigas de Villafaña, y despues de haberles participado el castigo del traidor, los tranquilizó completamente, asegurándoles que habian sido inútiles todas las pesquisas para averiguar los cómplices de su delito.

Los culpables persuadidos de que no habian sido descubiertos por Cortés, empezaron á respirar y se prometieron ser en lo sucesivo fieles al general.

Entre tanto, se hallaban ya prontos los materiales para la construcción de trece bergantines; pero faltaba trasladarlos desde el territorio de Tlaxcala á Tezcuco. Esta marcha tan penosa ofrecia un es-

pectáculo enteramente extraordinario. En el centro iban ocho mil tamenes ó indios de carga, llevando las vigas, mástiles, cuerdas, velámen y herraje. Quince mil tlaxcaltecas, entre cuyas filas se habian distribuido algunos soldados españoles para conservar el orden en la marcha, formaban la vanguardia y la retaguardia, marchando tambien por hileras en los flancos de la columna, tan larga que ocupaba el espacio de mas de una legua. Sandoval se puso á la cabeza de la columna, eligiendo para mandar la retaguardia, á un jóven tlaxcalteca, llamado Chechiminal, porque Xicotencal, el jóven guerrero que tan brillante papel habia representado al principio de la invasion española, ya no existia (1).

El jóven Chechiminal era no menos temerario y orgulloso que Xicotencal; tenia pretensiones muy singulares y quiso disputar el mando de la vanguardia á Sandoval. Al llegar á Tezcuco, Chechiminal pidió que se hiciese alto por unos instantes, para tener tiempo de acicalarse con sus mas bellas plumas

(1) *La muerte de Xicotencal y la causa que hubo para ella, es uno de los puntos oscuros de la historia de América. Parece lo mas seguro que su orgullo y altivo carácter se avenian mal con los españoles y que éstos se dieron prisa á matarle cuando desamparó el ejército, llevándose sublevadas casi todas las fuerzas de Tlaxcala.*  
—(Nota del traductor.)



y otros adornos guerreros: "Porque, decía él, cuando un valiente soldado va á combatir, debe ir tan adornado como si fuese á una revista."

Estas bravatas hicieron sonreír de lástima á Cortés, que desde luego conoció que los servicios de semejante auxiliar le serían de poca utilidad. En efecto, los historiadores españoles no hablan siquiera una palabra de las hazañas de este fanfarrón, cuya jactancia divertía mucho al ejército.

Mientras que se trabajaba con ardor en la construcción de los bergantines, recibió Cortés una noticia que le colmó de alegría. Supo la llegada á Veracruz de cuatro navíos enviados desde la isla Española y que le traían un refuerzo considerable.

Resolvió entonces atacar á un tiempo á Méjico por tres distintos parajes, para lo que dividió su tropa en tres columnas. Sandoval obtuvo el mando de la primera, Alvarado el de la segunda y Olid se puso á la cabeza de la tercera.

Desde este momento, no pasó día sin una acción mortífera, los bergantines tenían que combatir con las numerosas canoas que cubrían el lago, y las tropas de tierra atacaron á los mejicanos que ocupaban las calzadas. Los españoles es verdad que dispersaron y echaron á pique las canoas; pero el ataque en las calzadas presentaba las mayores dificultades. Se conseguía desalojar á los mejicanos de las trincheras que habían levantado para proteger las brechas y se echaban puentes sobre las cortaduras; pero como los españoles tenían el ver re-

novados los desastres de la *Noche triste*, se retiraban al anochecer á tierra firme, y los sitiados se aprovechaban de la noche para reparar sus fortificaciones; de modo que las tropas españolas se consumían en inútiles esfuerzos.

Entonces Cortés, el hombre de atrevidas resoluciones, quiso terminar de una vez esta guerra, que si se dilataba mas, iba á destruir poco á poco su ejército ya debilitado. Por consiguiente, tomó todas las disposiciones para dar al día siguiente un asalto general á la ciudad.

Al salir la aurora, cada jefe se puso á la cabeza de su columna, y si los españoles atacaron con vigor, la defensa fué porfiada, y los mejicanos opusieron una resistencia que agotaba las fuerzas de sus enemigos.

La columna de Cortés fué la que mas avanzó, y destruyendo cuanto encontraba por delante, se apoderó de las trincheras que defendían las calzadas y penetró en la ciudad, persiguiendo al enemigo que huía. Conservando en medio del triunfo toda su presencia de espíritu, se acordó de asegurar la retirada para el caso en que fuese necesaria. En consecuencia mandó á Julian de Alderete, oficial nuevamente llegado de la Española, que se quedase con suficiente número de soldados para ir cegando las cortaduras de la calzada, mientras que los demás destacamentos seguían combatiendo. Alderete, llevado de un falso punto de honor, se creyó que era mengua suya estar lejos del peligro en el momento



en que sus compañeros se cubrían de gloria lidiando, y desobedeciendo á Cortés, abandonó la calzada para ir á unirse con los combatientes.

Guatimocin, advirtiendo esta imprudencia, dió la señal, á la que correspondió el ruido solemne del tambor sagrado del dios de la guerra, que resonaba en lo alto del adoratorio principal. Entonces los mejicanos que huían, volvieron caras, precipitándose furiosos sobre los españoles, que ya fatigados no pudieron resistir tan impetuoso ataque. En vano Cortés emplea, ya las amenazas, ya las súplicas para rehacer sus tropas; se vió apresado de repente por tres capitanes mejicanos, que se le llevaban dando gritos de alegría. Dos de sus oficiales (1) vuelan al socorro de su general, atacan á los mejicanos que le sujetan, les dan muerte y caen á su vez traspasados de mil heridas; pero su resolución intrépida, su heróico sacrificio han salvado á Cortés, que ya libre consigue llegar á la tierra firme.

Este sangriento combate costó á Cortés mas de

[1] Según nuestro historiador Solís, quien salvó la vida á Cortés fué tan solo el capitán Francisco de Guzman. Viendo á su general herido, solo en medio de los enemigos y con el caballo muerto á flechazos, se apeó del suyo para ofrecerse, con lo que Cortés salvó la vida, y Guzman, á pesar de inauditos esfuerzos, fué victima de su arrojo y lealtad.—(Nota del traductor.)

sesenta españoles, incluso los prisioneros: mil tlaxcaltecas perdieron tambien la vida.

Fué tambien consecuencia suya la súbita y general desercion de todos los indios; pero Cortés la detuvo por medio de un espediente, que no solo le restituyó sus antiguos aliados, sino que le proporcionó otros cuyo concurso le fué muy útil, y su cooperacion decisiva contra Méjico. Mandó suspender las hostilidades durante ocho dias, y fortificándose bien en sus acantonamientos, defendidos además por los bergantines, esperó la época fijada por los oráculos mejicanos para el aniquilamiento total del ejército español (1). Los ocho dias pasaron y al noveno el ejército existia aún. Entonces se desengañaron los indios, engañados con la astucia de Guatimocin, y volviendo al lado de los españoles, les prometieron su auxilio hasta destruir el poder de un emperador que se habia burlado de su credulidad.

Renováronse entonces las hostilidades, y el general español estableciendo al rededor de la ciudad

[1] Para inteligencia de este pasaje es preciso advertir que Guatimocin, apurando todos los recursos para sostenerse en su crítica posición, habia divulgado la noticia de que Vitzilip, el dios de la guerra, le habia anunciado que los españoles y cuantos habian tomado partido á su favor, habian de perecer antes de ocho dias, lo que fué causa de la desercion de los indios auxiliares, entre quienes todavia no habian acabado de perder el crédito los oráculos de sus ídolos.—(Nota del traductor.)